

Rubias peligrosas

Carmen Rigalt

Lina ha cumplido cuarenta y un años. «Pues se conserva estupendamente» comenta una castiza devota de San Antonio y de San Fraga. «Felipe me parece un morritos de uva, y el

otro, el Guerra, no digo lo que me parece porque es pecado». Lina no entra al trapo, ahí se le nota a la chica el colegio de pago. «Estoy acostumbrada a convivir con gente de distinta

ideología: mi cuñada es comunista; mi hermano, socialista, y mi marido, de centro. La pluralidad la tengo en mi propia familia».

La candidata invita a sidra.

Paga la casa, paga el partido o paga el ingeniero de Caminos, lo mismo me da. Los fotógrafos disparan sus cámaras y Lina, aunque hace cuatro días que no va a la peluquería, se siente segura de su físico. Inevitablemente surge la comparación con Isabel Tocino. Entre rubias anda el juego. «No le tengo ninguna envidia a Isabel. La envidia es propia de personas mediocres y acomplexadas.» Bien pensado, esa frase merecía un golpe de melena.

Madrid LA señora Linarejos Ortas, conocida en el «star-system» político con el nombre de Lina Ortas para servirles, tuvo la feliz idea de celebrar su cumpleaños con una verbena electoral en el más puro estilo castizo. Lina llevó el sarao político hasta los mismísimos pies de San Antonio de la Florida, ante quien se postró de hinojos y rindió homenaje con una ofrendita floral al uso.

Lina Ortas es la única mujer candidata al Senado por Madrid entre los partidos con representación parlamentaria. Esta circunstancia había que explotarla, de ahí que la chica decidiera montar un numerito muy femenino y muy mono para llamar la atención del electorado. El electorado pasa bastante de zarandajas, la verdad sea dicha, pero el otro día no pudo reprimir un gesto de complacencia al paso de la caravana de la señora Linarejos, cuyos encantos provocaron rendiciones incondicionales.

En la sede del PDP se habían concentrado periodistas, fans y militantes del partido. La cosa iba de mujerío. Ni una sola foto del «líder carismático», como llama Lina a su jefe Alzaga, ilustraba la expedición. Un grupo de amigas de la candidata, ataviadas con camisetas verdes, «canotiers» a juego y sonrisa de «majorette» agitaban las pancartas y repartían estampitas de Lina entre los peatones. «Dí que hacemos esto por amistad. Muchas de nosotras ni siquiera simpatizamos con el partido». La caravana, vomitando propaganda y griterío, dio un garbeo por Madrid y se dirigió a la ermita de San Antonio de la Florida.

Le pregunto a Lina si esta querencia por el santo es puramente coyuntural o encierra segundas intenciones. «No busco novio porque ya lo tengo. Hace dieciocho años me casé con un ingeniero de Caminos y todavía lo conservo. Para colmo, tenemos seis hijos.» Frente a la ermita de San Antonio, una pequeña multitud de madrileños hace cola para ver al santo. Lina Ortas pide la vez y aguanta el chaparrón de calor con resignación casi proletaria. En el aire suenan lo chotis y la voz desesperada de los feriantes que rifan muñecas «chochonas» con el pelo de color zanahoria. Chulapas esperpénticas comprar alfileres para echarle a San Antonio. Ahora ya no se piden solo novios con el porvenir resuelto. También se piden amantes, suerte en los exámenes y puesto de trabajo. Y quien sabe, a lo mejor hasta hay quien pida votos.

Tras una hora de espera, Lina Ortas consigue pasar a la ermita. Llega, besa al santo, le deposita los claveles y se reincorpora de nuevo al festejo de las amigas «majorettes». «He oído que Arespacochaga ha pagado propaganda de su bolsillo y manda papeletas a los electores con su casilla cubierta. De ser cierto, no me parece justo, equitativo ni saludable», cuenta Lina. Una de sus acompañantes quiere hacer justicia a la candidata y me susurra al oído: «ése es un franquista, cuéntalo».